

Jorge, echando atrás el cuerpo, como si temiera á la Duquesa.

—Entonces, separémonos (concluyó Diana levantándose). Podría extrañar á los criados tan larga visita. Pero le espero á V. mañana á las dos de la tarde.... Le recibiré en mi estudio.... Diré á mi marido que me ha sido V. presentado y consiente en tratarme y ser mi maestro de pintura. Así nos podremos ver todos los días y concertar nuestras pesquisas. ¿Quedamos conformes?

—Sí, Duquesa.

—Olvido entonces lo pasado, para ver sólo el porvenir.

Arrebatadora, sonriente, tendió su mano á Fontaine. Éste la tomó con respetuoso afán, y le estampó un beso abrasador en la punta de los dedos.

En seguida dió media vuelta, y bruscamente, como quien huye, ganó la puerta.

XXVII.

Las razones de la duquesa de Limours, aunque fueron transcritas por Jorge con gran exactitud y mucho fuego, no hicieron sobre el ánimo de Lucía tan honda mella como en el de su hermano. La lectura de la defensa de un abogado no causa impresión casi nunca, y á veces nos preguntamos cómo pudo inclinar el fallo del jurado en pro de un reo hasta atenuar las circunstancias de un gran delito. Pero esto es debido á que cuando se lee no se experimenta igual sensación que cuando se escucha y se

está pendiente de una palabra fácil y elocuente. El gesto, las actitudes, el tono, ya enérgico, ya suplicante, ora violento, luego dulce, tienen más influencia que las razones mejor fundadas, hiriendo directamente la sensibilidad y arrastrando la inteligencia hasta una ofuscación relativa. Y claro es que si quien maneja tan poderosas armas es una mujer hermosa cuya presencia extasia y cuyo aliento quema, y el auditorio es masculino, el triunfo de su elocuencia es indiscutible é inevitable.

Á su pesar, Jorge se dejó influir, sucumbió, y para reaccionarse necesitaba que Lucía, mujer también como la Duquesa, apasionada á su vez, y aún más viril y entusiasta que ella, deshiciera la fascinación.

—¿Y qué tenemos nosotros que ver con su importancia y su rango? (objetó, luego que Jorge hubo terminado su discurso). ¿Acaso Morlain no tiene honra? ¿Por ventura no pierde muchísimo bajo el peso de una acusación? Pedro no lleva un título tan ilustre como el de Limours; pero su apellido no es menos digno de respeto que aquél. ¡Nos habló de su honor, de su repu-

tación!.... Y el honor y el buen nombre y la libertad de Pedro, ¿nada valen? Ella tiene mucho que perder; mas si nuestro amigo es condenado inocente, ¿quién habrá perdido más?

Jorge escuchaba en silencio; estaba confuso, avergonzado por su torpeza. ¿Cómo no opuso todos estos argumentos á los de Diana una hora antes?

—Y si la razón me asiste en lo dicho, no es menos pequeña la que me apoya en lo que voy á decir (prosiguió Lucía). Esa mujer pretende demostrar que sus declaraciones serían inútiles para salvar á Pedro, porque no existen pruebas en que fundarlas. ¿Ella qué sabe? ¿Y si la hubiesen espiado sin saberlo nadie, y la hubieran visto entrar ó salir en el hotel de su amante? ¿Y si esa criada invisible de que me hablaste estuviese al corriente de todo y pudiera afirmar la verdad de los hechos? Además, ¿qué idea tiene del juicio de un magistrado, harto de saber distinguir entre lo que se dice con intención de engañar y lo que se asegura con la firmeza de la verdad? Suponer que la duquesa de Limours, dadas sus condiciones, considerada como un modelo

de virtud, iba á comprometerse y comprometer el nombre de su familia, no tratándose de un objeto muy importante, como es el de cumplir un deber ineludible de conciencia, salvar de la infamia á un inocente; suponer semejante absurdo, no cabe en ánimo de quien discurra y emita su opinión de buena fe. Y un juez que razona á sangre fría, comprende esto mejor que nadie. Pero aun admitiendo tan enorme disparate; aunque se tratara de un juez testarudo y necio hasta lo inverosímil, que se empeñase en sostener la acusación luego de oír á la Duquesa, ¿sucedería lo mismo con el jurado, compuesto de varios hombres de bien, dispuestos á juzgar sin pasión ni más interés que el de la justicia? Que á su presencia tenga valor para decir francamente: «Estaba conmigo ese hombre la noche que sucedió el asesinato; lo juro y lo afirmo con toda mi alma:» que se atreva á esto, y ten la certeza de que no habrá quien ose condenar á Morlain.

— ¡Pero si la Duquesa no cree que lleguen á condenarle! — dijo Fontaine.

— Porque no admitiendo que eso puede suceder..., engaña á su propia conciencia, y

queda tranquila. Pero yo, que no estoy en su caso, lo creo firmemente. Las pruebas acumuladas en contra de nuestro amigo son abrumadoras, y envuelven la condena, como ella no la destruya decidiéndose á hablar.

— ¡Oh! Esa afirmación....

— Está fundada sobre bases fortísimas. Francisco, el criado de Pedro, que le ha visto nacer y le quiere como á un hijo, estuvo aquí mientras tú discutías con la Duquesa. Tres veces le han hecho declarar, y está convencido de que el Juez cree culpable á su amo por la manera cómo le han interrogado, y la clase de preguntas que le han dirigido, acosándole y llegando á envolverle, hasta hacerle confesar que Morlain entró en su casa después de las doce la noche del asesinato, que estaba inquieto, preocupado, y que antes de acostarse estuvo paseándose por su cuarto largo espacio. También ha declarado que observó la heridilla que traía en un dedo, y luego algunas manchitas de sangre en los puños de la camisa.... En una palabra: que su declaración es contraria á Morlain, y confirma la de los demás testigos....

—Verdaderamente, todo eso es muy grave, — murmuró Jorge.

— ¡Ah! ¡Si no fuera más que eso! Pero escucha, que aún hay más. Junto al cadáver de la señora de Vivian se ha encontrado uno de los botoncitos de perlas que solía usar Pedro en la pechera.... El juez de instrucción ha supuesto que se debió desprender del ojal durante la lucha que precedió al asesinato.... aunque Francisco afirma que su amo echó de menos aquella alhajita hacia cerca de una semana; y como es natural que se suponga á éste interesado en salvar á aquél, sus afirmaciones, lejos de favorecer, perjudican á nuestro pobre amigo. Hacen más fuerza las de la doncella de la víctima, que sostiene no haber hallado nada en ninguna habitación cuando los días precedentes barría con sumo cuidado.... Después de saber esto, ¿aún persistes en creer, como esa mujer *modelo de virtudes*, que tu mejor amigo, casi hermano del alma, no corre ningún riesgo?....

—No, Lucía; francamente. Temo como tú, y, sin embargo....

— ¡Aún vacilas!.... ¡Parece imposible! No digo tratándose ya de lo que tememos;

aunque se tratara tan solo del dolor que debe oprimir á Pedro por verse tildado como asesino cuando una palabra de la Duquesa le salvaría; del desconsuelo que ha de producirle encontrarse entre criminales, en una cárcel, aunque alcance luego la libertad, créeme, Jorge, no hay razones, ni puede haberlas, para hacer callar á esa mujer. Su conducta es indigna; por mi parte, está juzgada al pensar cómo *debía ser* cuando nuestro amigo la recibía en aquel hotel que me describiste, bello, elegante, cómodo, y comparar luego cómo es cuando el infeliz está lejos de ella, en una celda fría y lúgubre para los delincuentes, y más triste aún para el que reconoce su inocencia. ¡Oh, qué infamia!.... ¡Qué pobreza de alma la de esa criatura que se juzga tan alta! Acaño crea que es una ventura sufrir así por ella, y por eso ni aun compadece á la víctima de su orgullo, de su egoísmo, de su pequeñez de espíritu! ¡Es una miserable, digna sólo de ser despreciada!....

Arrastrado por la pasión de su hermana, influido en lo más hondo del corazón por aquellas palabras que evocaban todo el cariño que profesaba á su mejor amigo,

Jorge olvidó á la Duquesa, lo olvidó todo, y exclamó con fuego:

—¡Tienes razón, Lucía; es menester hablar, y hablaré! Pedro recobrará la libertad y la calma....

La joven reflexionó unos instantes; luego, con acento tranquilo, comenzó:

—No procedamos de ligero. Previendo el caso en que nos hallamos; el de que esa mujer se negara á demostrar la inocencia de Pedro, he pensado mucho, y después de oírte, no te reconozco con derecho para decir lo que sabes, en lugar de ser ella quien declare. Y bien sabe Dios que no me inspira el temor de perjudicarla; ¡no merece ningún respeto persona tan ruin! Lo que me detiene es una consideración que ella te hizo. ¿Consentirá nuestro amigo en que le salvemos á costa de la reputación de la Duquesa? ¡Bien le conoce cuando afirma que no lo consentiría! Lejos de ayudar nuestras gestiones, estoy segura de que las entorpecería negando, y entonces.... Además, como mujer calculadora, que piensa y no siente, ve la cuestión por distinto prisma que nosotros, y ciertas palabras tuyas me dan un

rayo de luz. « En lugar de buscarme y sorprender mi secreto, te dijo, ¿por qué no se dedicó V. á descubrir al asesino, y eso fuera lo más expedito y más seguro para obtener su propósito? » Indudablemente, lo más expedito era que confesase; en su argumentación hay mucho de sofístico; pero ya que se niega, puesto que se resiste, ¿no es mejor prescindir de ella y obrar por cuenta nuestra hasta demostrar la inculpabilidad de Pedro?

—Sí. Y nos ayudará ella. Así me lo prometió, — exclamó Jorge con alegría.

—Si tiene un átomo de bondad en el corazón, debe interesarse por un hombre que le sacrifica hasta la honra. Busque en buen hora por su parte, y contigo, si le parece. Mas por la mía.... no necesito ayuda. Yo no sirvo para hacer causa común con quien procede como ella....

—¿Qué puedes hacer sola, pobre niña?

—No estaré sola. Nada temas. Mi antigua maestra de piano, la que vive en el boulevard Haussmann, estuvo á verme poco antes de tu llegada. No tiene lecciones por ahora, y se puso á mi disposición. Entre ella y yo, secundadas por Francisco, que

tiene tanto cariño á su amo , y se encargará de lo que no podamos hacer por nosotras mismas , espero que llegemos á obtener algo...., quizás mejor que tu querida Duquesa....

— ¡ Querida ! ¿ Por qué la llamas así ?....
— interrogó Jorge , desconcertado sin saber por qué.

Lucía no replicó ; volvió la espalda á su hermano , y salió bruscamente , para subir á encerrarse en su cuarto.

XXVIII.

Al día siguiente , Fontaine acudió á la cita de la Duquesa , y fué recibido de tal suerte , que hubo de reconocerlo : no obstante su humilde nombre , que trascendía á plebeyo en la mansión ducal , se hacía honor al mérito de su talento. Sin duda , la castellana de aquella morada , aristocrática por excelencia , colocó al joven artista en el lugar que merecía á los ojos de su marido y de las personas que la visitaron el día anterior. Apenas apareció en el vestíbulo , se levantaron todos los criados , y el ujier

mismo que le introdujo la vispera se le acercó, diciendo :

—La señora espera al señor en su estudio. Si tiene la bondad de permitírmelo, le enseñaré el camino.

—Guie V., —repuso Jorge.

Subieron al principal, atravesaron una vasta galería, y por una pequeña escalera dieron en el segundo piso, frente á una puerta cerrada y cubierta por gruesos cortinajes. El ujier levantó éstos, abrió la puerta, y anunció :

—El señor Jorge Fontaine.

Diana estaba en pie delante de un caballete que sostenía un lienzo á medio pintar. Al oír la voz del criado, se volvió, dejó encima de un sitial paleta y pinceles, y tendiendo la mano al pintor, exclamó con voz melodiosa :

—Aquí no es la duquesa de Limours quien recibe al gran artista Fontaine. Es la discípula que ofrece sus respetos al maestro.

Jorge no contestó. Tan lisonjera acogida de parte de tan hermosa mujer (porque la halló más linda á la luz del día y en traje de casa, que la vispera por la noche y

vestida con más lujo) le impresionó hasta el punto de no poder responder.

—¿Le parece á V. aceptable mi estudio? —interrogó Diana.

—¡Señora! Diga V. magnífico por todos conceptos. Espacioso, alto de techo, con una magnífica luz..., y luego, dispuesto todo en él de manera que se revela por doquier el buen gusto de su dueña.

—Es V. muy galante....

—Justo, debe V. decir.

—Puede V. creer que celebro mucho oírle alabar mi obra. Porque este taller se debe á mi exclusiva iniciativa. Antes, cuando el príncipe Polkine habitaba la casa, había en este piso tres piezas: un salón, un comedor y un gabinete sin luz apenas. Eran las habitaciones del secretario del Príncipe. Yo hice echar abajo los tabiques y el piso superior, formando uno solo con los dos, y quedó como ve V. El antiguo inquilino no le reconocería si le viese.... Este departamento es mi retiro.... Después de almorzar me encierro en él, si no tengo necesidad de salir, y muchos días no le abandono hasta que comienza á oscurecer. Cuando esto sucede, todos, incluso mi ma-

rido, respetan el santuario.... Á propósito: he hablado de V. al Duque, y está muy satisfecho de que consienta en retratarme y ser mi maestro.

Todo esto lo dijo Diana con el tono más natural y más gracioso, y sin dejar de sonreír un momento. Tenía razón; no estaba allí la duquesa de Limours; se había quedado, con su altanería y sus modales de reina, en los vastos salones de los pisos inferiores.

De pronto, Jorge fijó los ojos en un cuadro, y exclamó:

— ¡Como, Duquesa! ¿Fué V. quien adquirió mi primera obra?....

— Sí, mi querido maestro. La compré hace un año por medio de nuestro amigo Morlain. ¿No se lo dijo á V.?

— No. Pedro jamás pronunció el nombre de la duquesa de Limours delante de mí.

— Por aquella época le veía todos ó casi todos los días en el teatro de la Ópera ó en sociedad. Me hablaba mucho de V. y de sus triunfos artísticos.... Le manifesté deseos de poseer una de las obras que los produjeron, y compré por encargo mío este en casa de Goupil, si mal no recuerdo.

— En efecto: él fué quien lo adquirió.

— Después de esta pequeña negociación fué cuando nació nuestra amistad.... Inocentemente nos sirvió V. de motivo para entendernos. Vino para decirme la respuesta de Goupil; le recibí aquí mismo.... Entonces comenzaba á alhajar mi estudio, y le pedí consejo sobre muebles y objetos para arreglarlo.... Me los dió, me ayudó como hombre de gusto que es...., y se estableció entre nosotros cierta especie de intimidad artística...., base de otra más profunda.... por su desgracia....

— ¡Su desgracia!....

— Sin duda. En otras circunstancias, sin tener yo nada que ver con él, sin la discreción que me debe, ¿no le sería muy fácil probar, minuto por minuto, dónde estuvo la noche que sucedió el crimen que le imputan, que causó su encarcelamiento? Cualquiera diría (prosiguió Diana bajando la voz) que presentía yo una catástrofe. Me disgustaba ir á la casita del boulevard Pereire.... La última vez que nos vimos le rogué que renunciase á mí, á nuestras peligrosas citas.... Por eso, sin duda, llegó á su casa agitado y nervioso, y su in-

quietud de aquella noche reforzó las sospechas del juez. Su disgusto y su dolor, causados por mí, se atribuyen al remordimiento por un crimen.... La herida que tenía en un dedo añade gravedad á todas las otras presunciones.... y, sin embargo, es fácil de explicar. Quería irme; le dije que no volvería más.... Él me retenía suplicante.... Hice un movimiento para desasirme..., y con el alfiler de un broche que llevaba al cuello le herí....

— Y si no quería verle más, ¿por qué volvió V. al otro día?—dijo Fontaine con acento nervioso.

Sin parecer extrañarse de la pregunta, Diana repuso con voz triste:

— Á fuerza de ruegos logró que le prometiera continuar unos días viéndole á solas, para acostumbrarse (así me lo dijo) á nuestra separación.

Jorge se acercó bruscamente á la Duquesa, y sin darse cuenta de que su actitud era casi inconveniente, interrogó de nuevo:

— ¿No le ama V. ya, por lo que veo?—dijo.

— No (repuso ella sin vacilar; y con

extraño tono, murmuró luego muy bajito): creo que no le he amado nunca....

Jorge inclinó la cabeza; Diana suspiró, y siguió diciendo:

— Esto le parecerá á V. muy raro. Se extrañará mucho que no amándole, no disculpándome en mi propia conciencia con una gran pasión, consintiera que él me amase.... y procediese como si á mi vez le correspondiera.... Para juzgarme bien, sería menester que me conociese V. mucho. Esto es muy difícil. Yo llevo una careta que nadie, ni él mismo, han sabido arrancar de mi rostro. Por eso ninguno me conoce á fondo ni aprecia lo que valen mis actos, hijos de mi posición, de mi vida íntima.... Nadie sabía que mi marido.... Hacía un año que estaba sola, viuda hasta cierto punto.... Morlain se cruzó en mi camino.... Me pareció que me amaba mucho.... ¡Luché!.... Sucumbí.... ¡Ah! Si yo hubiera sabido.... Pero ¿por qué le digo á V. estas tonterías? Perdóneme. ¡Qué cabeza la mía! Y eso que.... (prosiguió acercándose más á Jorge), ¿á quién mejor puedo confiar mis secretos? Conoce V. el más grave de todos.... Nos une por disposición de la suerte.... y, en fin...., deje-